

ENRIQUE MENA-
GARCÍA

UCAM - Universidad Católica de Murcia
emena2@ucam.edu

Castillos en el aire - Centro Párraga (Sala de Máquinas), Murcia. Del 27 de abril al 25 de mayo de 2023

No puede existir un lugar más adecuado que este Centro de Cultura Contemporánea, donde se pone de manifiesto la experimentación e investigación de las artes escénicas y el arte contemporáneo, en lo que fue un antiguo Cuartel de Artillería creado en los años 20 del siglo XX, albergando otros pabellones con funciones múltiples, cuya exposición traída a colación se sitúa en una pequeña y alargada sala para sumergirnos en los pensamientos del artista multidisciplinar Rafael Picó (Yecla, 1976), que aporta obra pictórica, instalación y videoarte, desde una necesidad arquitectónica que resulta ser una constante de su universo cognitivo desde hace dos décadas, como los dos ejemplos consecutivos de la Galería Romea3 de Murcia, con títulos arquitectónicamente sugerentes, *¿Habitable?* y *X=(TÚ+YO) m2*, en 2009 y 2012 respectivamente.

Aunque, concretamente, la fuente de conocimiento de este mundo creado tan particular tiene su origen en una serie ofrecida con el nombre de *Habita mi mente* expuesta en Almansa en 2013. Ambos términos, habitar y mente son recurrentes, en el sentido del vivir ocupando una casa simbólica (aquí castillo), que se traduce en un lugar mental para el artista, como un *leitmotiv* en el poético *Castillos en el aire*, a modo de la casa-mente del artista que piensa en color, sobre todo en los opuestos rojo y azul.

Nada más entrar a la sala, nos recibe una piedra natural, a la que le ha labrado en su parte alta una terraza escalonada que acaba en una casa habitada por un ser, un hogar flotante, ingrávito, como extraído de algún extracto de Tristan Tzara cuando improvisaba hacia lo irreal, lo ilógico, lo onírico presente en esas combinaciones de palabras sin sentido del dadaísmo, que podían interpretarse de manera intuitiva, inesperadas, que aquí giran hacia una comprensión individual que hacen repensar al espectador, como: dónde se sitúa, dónde habita, cuál es su realidad, qué se interroga desde esa frágil sostenibilidad del ser, de nuestro hogar, del mundo, etc.

Sus acrílicos cuadros suelen estar habitados, con personajes aparentemente diminutos como si habitaran en una nueva y fantástica Liliput que imaginó Jonathan Swift, pero su escala se ajusta más a la realidad de lo que imaginamos, inmersos en la vorágine de la urbe o la naturaleza. Otro de los aspectos que recoge, se mueve dentro del volumen, especialidad que obtuvo a su paso por Bellas Artes en Granada, presente entre la materia noble de la madera y el hierro, en una especie de túneles que nos conducen a su mente, y al mural del fondo donde proyecta los mismos fluidos de sus cuadros, y que el propio público puede alterar y cambiar dactilarmente a través de la pequeña pantalla cobijada en una casa dispuesta en la peana, y que una proyección acaba reflejando la arbitrariedad e impulsos provocados por nuestros dedos.

Desde ese 2009, su obra evoluciona a un mundo de orden más geométrico, como si de un arquitecto se tratara, el cual avanza como dueño de sus visiones con cuadros acabados en dos planos inclinados “a dos aguas”, cobrando vida lo que Le Corbusier apunta del juego arquitectónico entre la belleza y la meditación, conceptos asociados en la obra de Rafael Picó, en su atractiva efusividad del color y la reflexión de su contenido.

En este terreno de lo habitable, su arquitectura del color se presenta viva, en entornos fluidos, gravitatorios, en un marasmo de azules y rojos que lo agitan. Un color que llena de abstracciones sus casas, equivalentes a los pensamientos de nuestro artista. Un azul entre destellos rojos, negros y blancos fulgurantes. El azul primario que tanto profesa y manifiesta debilidad, lo conjuga con su opuesto rojo, de los que habla Kandinsky y tantos teóricos del color, el primero asociado al cielo, a cierta fuerza interior, de pureza, y el segundo, a un color vivo, vital y potente. Cuando nos adentra en un mundo salpicado de colores, los concentra en esa línea, la del dibujo que estructura la casa-cerebro, la conciencia y su estado.

Esos límites con los que el color no sobrepasa la casa-MENTE de obras anteriores, aquí van más allá, alcanzan esa tangente y la rebasa como un fuego volcánico de frontera. El color rompe su protector hogar. El movimiento aparentemente aleatorio de las formas es único, irrepetible. Es la propia pintura que se agita en el azar, que dirige qué personaje puede estar en su mundo. Por consiguiente, el color lleva las riendas, la mancha domina en ese cierto expresionismo, con matices blancos que equilibran y dan mayor consistencia, que se expanden y generan la clave de quién los habita. El torbellino cromático traslada a una especie de corriente dinámica, sonora, barroca, donde se acrecienta la textura visual, en una especie de sinestesia.

El universo de Rafael Picó conecta con el surrealismo por la imaginación desbordada, en esa necesidad de liberación del ser, del espíritu dadaísta al que nos referimos, incluso, en una energía de los sentidos, donde toda la técnica aprendida es desaprendida en la misma postura de la que hablaba Picasso, para iniciarse totalmente renovado, buscador de su visión de las cosas.

En esa casa, encontramos sus personajes, como su habitual pensador “rodiniano”, figuras que generan la escala del paisaje, porque son, a fin de cuentas, paisajes interiores e introspectivos, que podemos extrapolarlos a nuestros pensamientos, porque como todo arte, podemos hacerlo nuestro si somos capaces de saber ver.



Figura 1. Imagen general de la instalación. Fotografías del autor.

Obras en las que se aplica la observación, la investigación del lugar donde van destinadas, en un espacio del que tanto habló Heidegger, en este caso como el contenido de nuestros afectos, emociones, amistades, influencias, en una mente que se asoma al público, donde a la vez que la propia casa es nuestra mente, también el cuerpo que le acompaña habita el espacio, por lo que si somos nosotros mismos espacio, encontramos la paradoja de que existe un espacio dentro de otro a modo de “matrioskas” en su sentido funcional o mecánico.

Y, en estos espacios habitados (ya sean sus acrílicos o sus estructuras de madera), surgen naturalezas que conviven con las figuras, que lo enriquecen y se proyectan en árboles, en unas raíces-rizomáticas, como un botánico hábitat, ramificado en una organización armónica. Estos microbosques, que forman también parte de su mente, se entrelazan con sus pensamientos, donde surgen siluetas de seres queridos.

Los personajes que habitan sus acrílicos, a veces son expulsados porque pueden alterar el bienestar y, en otras ocasiones, forman parte de nuestro estado anímico, en esa invitación hacia el amor del espacio natural que la naturaleza transmite, en esas formas bellas en su conjunto, puesto que intuimos una salvación de lo bello, desde la sensibilidad, del cuidado y respeto por la madre naturaleza, que debe coexistir con nuestros más hondos pensamientos, ya sean inquietantes, religiosos, estéticos, placenteros, etc.



Figura 2. Detalles de la instalación. Fotografías del autor.

Sus figuras nos trasladan a obras como *Golconda* y *La gratitud infinita* (ambas de 1963) de Magritte, con esos múltiples hombres con bombín que flotan, que en el caso de Rafael Picó se revuelcan, vuelan para salir, o simplemente se quedan porque el espacio que habitan, son un recuerdo de lo experimentado. Se dejan llevar por esa especie de líquido amniótico que se asemeja a un gran vientre o pompa de la que tendrá que ser valiente para poder reflotar. Una figura que se aproxima a los brotes azules o blancos como sinónimos de esperanza, de luz, próximos a las miniaturas casas que a veces representa, apropiada como refugio de estos personajes, como un saliente de esa trama neuronal de la mente. Y, entendemos que esa figura podemos ser cualquiera de nosotros, en un espacio que no queremos estar, de dolor o heridas que queremos sanar, en una asfixia paliada por el efusivo y salvaje color.

Así, en esta singular puesta en escena, surge lo sobrenatural, en cuya magia está en la propia creación artística, como diría Zweig, en un proceso interior del artista que su cerebro interpreta, en otro cerebro que pinta, que a su vez actúa en sus propias figuras, a modo de acto espiritual como es la creación y su misterio, en el que todos podemos participar, ser parte del mismo, tanto de sus mundos habitados como el éxtasis de la obra propiamente dicha, debido a la intensidad y ensimismamiento absoluto del que Rafael Picó crea y eleva en sus reflexiones a la humanidad.

Crear es una construcción, entre otras cosas, de la que el espectador también es partícipe. Es decir, ese mismo yo (tú) en cuanto comienza a mirar su obra, la mente también construirá. La misma que nos lleva a filosofar, a pensar, a interpretar, a ser parte activa, porque también creamos sin saberlo. Nuestra mente viaja, vuela por la sala.

El arte existe solo por el hecho de que el hombre se interroga, y tiene la capacidad de ayudarnos a entendernos a nosotros mismos, como estas obras hacen en el propio artista. Las pinturas encuentran una analogía con el niño (también alusivo a nuestro desarrollo cognitivo

y emocional) que recorre la arena, pasadizos, inventa nuevos hogares, o más bien cabañas, pero cuando se viene a dar cuenta, esos caminos, grutas o arenas, son inabarcables, se han convertido en geografías mayores, en montañas, ríos, regiones, países, autopistas infinitas, a las que debe aventurarse el hombre. Y, somos nosotros también reflejo de esas obras de Picó, en las que debemos saltar, salir, buscar nuevos horizontes para reflexionar, y pensar nuestro mundo, como hace con el suyo propio, puesto que esos goteos, chorreos burbujeantes, texturas que van descubriendo en las pinturas (a veces desconociendo adónde van a llegar) forman sentido de los *vacíos* mentales, que quiere desechar, y los *llenos*, donde caben músicas, ideas o seres que arrojan su mente, a modo de arquitecto pictórico del espacio. Es como una libre danza, o como un juego, que busca y proyecta en sus simbólicas casas, que trasladamos al pensamiento de Chillida, en su universo gráfico de vacíos y llenos en blanco y negro, que aquí, por el contrario, son estallidos cromáticos como la diversidad misma del mundo.

Los paisajes y sus habitantes pertenecen a su mente, a su paisaje interior, aunque como nosotros mismos somos espacio, estamos en su pensamiento y nosotros en el suyo. No importa viajar, puesto se crean, se imaginan, son nuestras sensaciones, lo que vemos siendo nosotros. Lo que observamos (aquello que creemos es la realidad) es nuestra identidad, es lo que somos, porque nuestro estado del alma es como un paisaje, algo a lo que aludía Pessoa.

Cuando transiten y miren, no se limiten a ver solo pintura, por ejemplo, porque la pintura puede serlo todo, desde una gota de agua suspendida en una hoja de una mañana de rocío, la acaricia de una mano por la mejilla de un ser querido, hasta la huella de una pisada que un emigrante deja en su huir a una vida mejor.

Rafael Picó arrastra emotividad, pero aquí la hace evocadora desde el enigma de la vida, del erotismo del mundo vivo, que nos defiende del ruido, de la comunicación hostil, porque ante la búsqueda del artista, creo que se dirige a aquello de que el arte alivia y palia las problemáticas constantes que se encuentra la sociedad, que parece va abocada a un camino de insensibilidad y sin razón, que él artista trata desde un manantial de conocimiento, que supone ese propio universo mental en el que juega y que propone también al espectador.

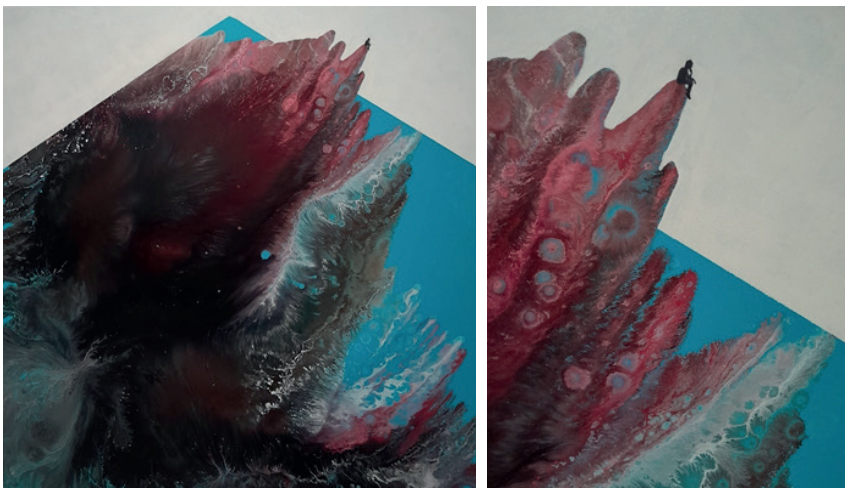


Figura 3. Obra sin título y detalle de la misma con la figura de *El pensador*. Fotografías del autor.